

CAPITULO XC.

LOS PRIMEROS DIAS DE LA COMUNIDAD REVOLUCIONARIA.

El gobierno, al saber por la noche todo el horror de la catástrofe y toda la intensidad del peligro, telegrafió á Mr. Thiers instalado desde aquella tarde en Versalles, pidiéndole consejo. Algunos de los ministros opinaban por quedarse en la capital y por acudir á las elecciones municipales, dando así una verdadera satisfacción á las quejas más justas y más legítimas de París. Mas Mr. Thiers, que en la revolución del cuarenta y ocho, durante las horas de ventaja para los socialistas, había opinado por el abandono de París, puso por obra en aquel momento su opinión é instó al gobiernó á que se marchase á Versalles. Cuarenta mil hombres en las cercanías de París, tendidos por el Campo de Marte y los alrededores de la escuela militar, emprendieron la marcha á la una de la mañana del día diez y nueve de Marzo. Poco despues que estas tropas salieron al mando del general Vinoy, tomaron su mismo camino los ministros. El almirante Lefló fué el primero; á las

tres de la mañana, el comandante de la Guardia nacional Aurelles de Paladines y el ministro de Justicia Dufaur siguieron á Lefló; por último se partió Julio Simon; y al fin, despues de haber vacilado sobre si defenderia ó no la Casa de la Ciudad, siguió á todos Julio Ferry, el prefecto de París. Lullier, un oficial de marina que se había distinguido por sus salidas bruscas, por sus desafíos románticos, por sus insultos á los imperialistas en defensa de Julio Favre durante el Imperio, por las inquietudes que suscitára en el sitio, hasta el punto de obligar al gobierno de la defensa nacional, á enviarlo á fingido destierro en Dinamarca; Lullier nombrado para la Comandancia de la Guardia nacional, se posesionaba primero del cuartel de Napoleon y de la Casa de la Ciudad, á media noche de la prefectura de policía, á la una del Palacio de las Tullerías, á las dos del Estado mayor de la plaza de París, sin que se acordara ni de atacar á las tropas en su retirada, ni de prender á los ministros en su fuga.

Tres sociedades, diversamente organizadas, dirigían la ciudad de París en este crítico momento, después del abandono de sus gobernantes. Era una, la primera y más visible, la Comisión central de la Guardia nacional, poder misteriosísimo, en crecimiento continuo desde la decadencia manifiesta de los poderes oficiales por los errores ó por las desgracias del sitio. Era otra la Federación también de la Guardia nacional, grupo opuesto y contrario al grupo que formaba la Comisión central, asamblea de disidentes arrastrados por la fuerza de la lógica y por la sucesión de los acontecimientos á unirse con sus rivales. Era la última la portadora del contingente de ideas que habían de animar la Comunidad revolucionaria, esa sociedad denominada *La Internacional*, y en mal hora venida con su cortejo de utopías á exacerbar las pasiones de los trabajadores y á subvertir el problema moderno por excelencia, el inmenso problema del trabajo. Estas tres sociedades eran los únicos restos del gran naufragio de todos los organismos públicos después del armisticio, y la capitulación, y la paz, y el desmembramiento de Francia, y la terrible ocupación extranjera. Sin un programa de gobierno realizable; sin un objeto político claro y definido; sin historia ni antecedentes capaces de inspirar verdadera confianza; sin experiencia ninguna de la sociedad y de la vida; gérmenes de antiguo diseminados para producir la indisciplina y la discordia; en cuanto la dirección de un Estado, deshecho y naufrago, iba á dar en sus manos, era necesario, era fatal que acabaran por completo de destrozarlo y de perderlo.

El gobierno había querido oponer alguna resistencia, pero no había encontrado el medio de resistir. Ora fuese desgracia, ora torpeza, sus medidas agravaron la enfermedad general. Necesitaba haber quitado con presteza los cañones de los parques improvisados; y después de comenzar la operación sigilosamente, no tuvo medios de concluirla. Ocho-

cientos caballos eran indispensables para terminarla; y no los reunió desgraciadamente para la libertad y para la República. Necesitaba con los cuarenta mil hombres, que aun tenía de línea; con los guardias nacionales de orden, haber emprendido una resistencia vigorosa y rápida que desconcertara á sus enemigos; y se retiró á Versalles. Necesitaba haber nombrado para que se pusiera al frente de las fuerzas populares, un hombre de energía contra el desorden de influjo sobre el pueblo; y nombró al general Aurelles de Paladines, legitimista de raza y vencido en Orleans recientemente. Cuando revocó este nombramiento, lo substituyó con otro de menos eco, pero de igual desgracia, con el nombramiento de Saisset, almirante poco acostumbrado á las tormentas de las grandes ciudades, hombre de conciencia y de honor, pero no de resolución y de energía.

Así el diez y nueve de Marzo se despertó París en manos de su anónimo gobierno. El día estaba espléndido. Lucía claro el cielo, cosa rara en aquellos climas y en aquellas brumas. Un aura penetrante y fresca barría los vapores acuosos de la atmósfera, y le daba alegre transparencia. El sol tendía por todas partes su luz divina y lo animaba todo con su calor vivificante. Por las calles veíanse muchos de los soldados dispersos, guardias nacionales de uniforme, parejas amorosas, escolares de fiesta, mercaderes que improvisaban ferias, saltimbanquis que reunían en torno suyo á los curiosos, tan absortos en el espectáculo, y tan divertidos, como si nada grave sucediera en su ciudad, ni en su patria. Y sin embargo, los anuncios oficiales, del color ya consagrado, del color blanco, contenían las proclamas notificando el cambio de la autoridad y la transmutación de las instituciones y de las cosas. Decíase en ellas que el pueblo parisien acababa de sacudir su ominoso yugo; que sereno en el sentimiento de su fuerza, esperaba con calma á los locos capaces de soñar con la destrucción de la Re-

pública; que por aquella vez, los soldados, sus hermanos del ejército, no habían atentado el arca santa de los derechos populares; que ya era hora de fundar el único gobierno bastante popular y bastante fuerte para cerrar la era de las guerras civiles y de las invasiones extranjeras; que el estado de sitio concluía para siempre, y el pueblo se congregaba en día fijo á elegir en una Comunidad verdaderamente popular la representación de su autoridad y el áncora de sus derechos. Acompañaba á esta proclama, otra dirigida á la Milicia nacional y un decreto convocando los electores para el 22 de Marzo á designar un diputado en la Comunidad de París por cada veinte mil habitantes.

Lo más particular del caso era que aquel gobierno de la primera ciudad del mundo; aquel gobierno renovador y progresivo; aquel gobierno con pretensiones de fundar una nueva sociedad; aquel gobierno de redentores que debía conjurar la intervención extranjera, destruir la Asamblea de Versalles, arrancarle á Thiers la dirección del gobierno; satisfacer las pretensiones de los trabajadores; organizar á Francia en comunidades varias, era fundamentalmente un gobierno desconocido, anónimo, irresponsable, compuesto de personas que no habían llegado á esa notoriedad sin la que no puede fundarse ningún gobierno en su base inmovible, en la base verdadera de la confianza social.

Pocos nombres de los que firmaban estas disposiciones y constituían este gobierno, eran conocidos. Solamente el revolucionario Assi pasaba por trabajador de popularidad y de alma desde que suscitara las huelgas del Creuzot. Pero en aquellas huelgas decían sus enemigos que era instrumento del Vice-Emperador, Rohuer, contra el presidente de la Cámara, Schneider. Babick pasaba por una especie de místico extravagante. Dupont y otros pertenecían á las sociedades secretas que acababan de ser juzgadas y condenadas en los últimos días del

Imperio. Lullier había logrado atraer sobre sí la atención pública por varias causas; por sus apasionadas tendencias demagógicas y su culto á Julio Favre; por su carrera de marino y sus desafíos al porta-estandarte del imperialismo intransigente, á Pablo de Cassagnac. Los demás todos eran igualmente desconocidos, y de esta oscuridad se vanagloriaban, porque diz que los nombres célebres é ilustres no habían traído sino desgracias á Francia. ¡Cuán pronto habían de agravarlas ¡ay! los nombres desconocidos y oscuros!

Su primera disposición fué, que á fin de impedir la existencia de dos gobiernos en Francia, quedaban fuera de la ley los miembros de la Asamblea de Versalles y el Poder Ejecutivo por esta Asamblea nombrado. En efecto, el general Chanzy, el diputado Tourquet, llegaban á la estación de Orleans al caer la tarde de uno de aquellos días de Marzo. El tren se detiene fuera de las fortificaciones para la entrega de los billetes. Al abrirse la portezuela, en vez de los empleados de la compañía, aparecen hombres siniestros, armados de todas armas, que intiman á Chanzy y á Tourquet y á varios militares la orden de darse presos. No había resistencia posible á una multitud encendida en cólera, vibrando sus numerosas y homicidas armas, imponiendo leyes, y dominando con esa grosería que tanto agrava los males de la arbitrariedad. Conducidos el general Chanzy y el diputado Tourquet y varios otros á una alcaldía, el buen alcalde quiso despedirlos y darles libertad. Pero los gritos, las protestas, las amenazas de la multitud descarriada fueron tales, que el mismo alcalde decidió detenerlos como el medio más seguro de salvarlos. Desde la alcaldía á la prisión, los insultos, las vociferaciones, la pugna por herirlos y por arrastrarlos, demostró una vez más que la población de París, extraviada, fuera de sí, habíase despojado de su antigua cultura y caído en extraña demencia. El general Cremer era el único casi que obtenía favor en el ánimo de

aquel pueblo. Herido por las disposiciones del nuevo gobierno; despechado al ver la salida de los últimos sucesos; inquieto por la suerte de la República, de aquella institución redentora, á la cual libraba la futura grandeza de su patria; dudó por algunos momentos si el derecho estaría de parte de la insurrección. Pero el arresto de Chanzy le abría los ojos; y se encaminó á la Casa de la Ciudad á conseguir la libertad de su colega y de sus amigos. El espectáculo que se ofrecía á sus ojos le inspiró asco y horror. El republicano, convencido que buscaba la noble madre del derecho, se encontró con una verdadera orgía: una muchedumbre desarrapada y siniestra que daba gritos de muerte á la puerta; guardias nacionales que vacilaban ó caían, á los embates de asquerosa embriaguez, por todos los corredores y salones; y en el santuario de la autoridad, una Asamblea tumultuaria, vocinglera, dividida en bandos, todos armados de revolvers y puñales, y donde algunos miembros despues de expresar los argumentos más poderosos, cogían sus fusiles y apuntaban á sus contrarios para subyugarlos mejor con aquellos eficaces medios de pacífica persuasión.

Sin embargo, el general dominó sus repugnancias y departió con aquellas gentes. Poseía á la verdad sobre ellos algun real inflajo, porque necesitados los comuneros de un jefe militar, fiaban unánimemente en que se pondría á su cabeza. El estado de los ánimos, el ascendiente pasajero que le daba, el concurso activo y eficaz del iluminado Babick le valieron la orden de libertad para Chanzy, orden que estuvo á punto de rasgar el comunero Duval.

Era la media noche. Los boulevares de Montmartre y de los Italianos; la calle misma de Rivoli se veían atravesados en todas direcciones por patrullas de la Guardia nacional insurrecta; pero el boulevard de Capuchinas permanecía en silencio y en soledad, aquel boulevard donde se levanta el Grande

Hotel, y donde se abre la plaza que rodea al nuevo inmenso teatro de la Opera. Libres los generales Chanzy y Langourian se habían allí encaminado con varios ayudantes para saber nuevas de la última autoridad gubernamental que aun debía quedar en París, del almirante Saisset. Caso raro. La luz caía á torrentes por todos aquellos alrededores desde los reverberos cercanos á cafés, posadas y teatros; pero esta luz no iluminaba más que algunos viandantes, rápidos y misteriosos como las sombras. En vano los generales y sus acompañantes se dirigieron al conserje del Grande Hotel que suele estar bien informado y que nada supo decirles; en vano interrogaron un centinela que se paseaba con su arma al hombro por la puerta de la calle de Scribe; en vano subieron á los pisos del inmenso edificio, recorriendo todos los corredores y llamando á todas las puertas; el buen almirante Saisset, á quien buscaban, parecía un verdadero enigma; y nadie daba de él razon ni cuenta. Por fin salieron y se apartaron. El general Langourian subió al Hotel de Baden y tomó un cuarto, donde desquitarse de los insomnios que le había dado la Comisión central de los Guardias nacionales, ó sea el Gobierno de París. El general Chanzy se dirigió al boulevard Magenta, donde habitaba su hermano menor, en casa de una señora de su familia. Apenas habían cambiado las palabras y los abrazos de efusión, propios de tales instantes cuando golpean á la puerta. La señora de la casa y el hermano de Chanzy quedaron mudos de horror, creyendo en nueva tentativa de los comuneros y nuevos peligros para el general. Mas toda vacilacion pecaba de inútil, cuando no de acusadora, y abrieron resueltamente la puerta. Venía á semejantes horas un aviso del humano, del iluminado, del extravagante perfumista Babick, á quien el poder y la fortuna le habían profundamente enternecido las entrañas. Y en este aviso le decía al general, que si no se escapaba inmediatamente, le ven-

dria encima supremo y angustioso conflicto, porque la comision del décimo-tercio distrito no obedecería á la Comisión central, y andaba por todas partes buscándole para de nuevo prenderle. Entonces el general se dirigió al hotel de Baden, despertó á su amigo Langourian, que dormía á pierna suelta; y á pié, en las sombras de la noche, por avenidas celadas de innumerables guardias, enemigos su-

yos; entrando en los fosos de las fortificaciones, subiendo á gatas por sus pendientes paredes, llegaron al amanecer á Saint-Cloud, donde pudieron reposarse un poco de sus emociones y de sus fatigas. De allí se encaminaron á Versalles, donde vieron al gobierno y le informaron del estado de disolucion, próxima á la anarquía, en que se encontraba la Comunidad de París.